

LA POESIA TESTIMONIAL DEL POETA COLOMBIANO RAMIRO LAGOS

Escribe CHARLES LLOYD HALLIBURTON

Mis contactos con la literatura hispanoamericana me han llevado al convencimiento de que ésta continúa acusando rasgos definitivos e inconfundibles cuando trata de revelar el problematismo de su medio social, señalando puntos neurálgicos o desenmascarando situaciones a través de la obra de ficción en que el protagonista encara la lucha de la civilización con la barbarie, de la injusticia social con la protesta, o simplemente traza el cuadro realista de la verdad amarga suramericana en que por lo visto, el pueblo, el indio y el hombre de brega, son las víctimas propiciatorias que más señala el escritor, principalmente el novelista. La novela de la revolución mexicana, es un ejemplo de esta importante tendencia que indudablemente ha tenido intérpretes de izquierda escudados en la ideología marxista o en la idea del indoeamericanismo o reivindicación del indio, del labriego o del proletario de las grandes ciudades.

Lo que se ha dado por llamar poesía social o política, que encuentra en Neruda y César Vallejo a sus dos máximos paladines en la América, ha estimulado la inquietud lírica de las más recientes generaciones poéticas de la juventud hispanoamericana. Conocí en Guatemala al joven poeta Luis Alfredo Arango, valioso representante de este tipo de poesía de mensaje popular y de angustia social. Fue mi primer contacto con un exponente de las nuevas generaciones. Sé que expresa una vibrante poesía por la que se traduce la frustración de la juventud frente a su destino, las condiciones misérrimas del pueblo y la incomprensión o apatía por parte de clases venidas a más. Es realmente muy interesante poder estudiar a fondo este tipo de protesta social, y al acometer algunas traducciones de los poemas de Arango, como los que él titula: "False Birds", "Brief Return", "Do Not Come", no dudo en admitir que para estudiar más el problematismo de Sudamérica, que tanto interesa hoy a nosotros los norteamericanos, se hace necesario acudir no solo a la protesta camuflada de la novela, sino a las vibraciones y enunciaciones que hacen los poetas jóvenes. Recientemente me escribe Arango: "Siento que algunos de estos poemas son amargos, acaso tristes y es porque luchamos contra nuestras frustraciones y porque vivimos en condiciones precarias y hasta hostiles".

Hace algunos meses comencé a traducir algunos poemas colombianos de Carranza, Rojas, Cote, Castro Saavedra, Gómez Mejía, Salazar Valdés, Rojas Herazo, Oscar Echeverri, Jorge Montoya Toro, etc., para mi próximo recital en el Círculo Cultural Hispanoamericano de South Bend, patrocinador del evento en la Universidad de Notre Dame. Tengo que confesar que entre el grupo de poetas colombianos jóvenes, encontré una nueva tendencia por lo que respecta a la poesía de Ramiro Lagos, mi colega en lides docentes de la Universidad de Notre Dame. Aparentemente este colombiano trata de hacer ahora un tipo de poesía semejante a la del guatemalteco Luis Alfredo Arango, ganador de un primer premio en no muy lejano certamen literario centroamericano. No me atrevo a darle un especial calificativo ideológico dentro de los credos políticos, a la tendencia de Arango. Pero de lo que sí estoy seguro es de que el colombiano Ramiro Lagos abre el derrotero para una nueva tendencia que se llama *Poesía testimonial*.

Creo que está por definir este movimiento, pues aún no ha salido a la luz pública el nuevo libro inédito del poeta colombiano mencionado. Pero por el título, *Testimonio de las horas grises*, y por algunos poemas que he traducido y leído como "The Hour of the Fatherland", "The Hour of the People", "The Hour of the Farce", "The Hour of Love", y "The Hour of the Invading Shadow", descubro en dicho poeta un propósito testimonial que lo induce a localizar la zozobra popular, denunciar el problema, emitir la protesta y tratar de marcar una pauta de solución cristiana por medio de la presencia de Cristo evocada entre los hombres no tanto como apóstol de caridad sino como caudillo justiciero sin que, claro está, el amor o la práctica de obras de misericordia queden subestimadas como posibles soluciones de la hora. Creo haber visto en uno de sus poemas la identificación de Cristo con el pueblo, tomando los aspectos más humanos de la vida del divino Rabí. Si es así es fácil descubrir alguna semejanza de su poesía con la actitud dostoyevskiana en que Cristo es tal en cuanto es pueblo y éste es cual en cuanto es Cristo. De lo que sí creo estar seguro es del empeño de Ramiro Lagos de divulgar ideas de socialismo cristiano o de señalar la ausencia y urgencia del espíritu cristiano en el problematismo social que él delata. Si es así, juzgo la suya una valiente actitud que hay que aplaudir porque es antagónica a la de aquellos que fundan su rebeldía intelectual o su iconoclasta impulso en derribar imágenes, aunque también el poeta Lagos se pronuncia contra los mitos o fetiches de su América del Sur. Que ellos existen, actúan y gobiernan, es un testimonio contundente que da la *poesía-testimonial* del poeta colombiano Ramiro Lagos.

Una lejana reminiscencia de *Poeta en Nueva York* de Lorca y de *Viento del pueblo* de Miguel Hernández, despierta mi inquietud indagadora respecto al posible manantial que se vuelca en las jóvenes generaciones de poetas suramericanos. También en Norteamérica se evidencia un tipo de poesía semejante y es muy curioso anotar las críticas a la falsa interpretación del espíritu cristiano en poetas norteamericanos jóvenes como John William Corrington y Lawrence Ferlinghetti. Quiero reservar a mi inquietud por la literatura comparada el poder establecer comunes entronques entre la poesía de Ramiro Lagos y los poetas ya mencionados

en metáforas, estilos y técnica sin tener en cuenta el aspecto temático y la actitud de protesta contra la sociedad universal presente y los gritos irónicos a las instituciones con alusiones bíblicas y referencias al caos moderno. La poesía de Ramiro Lagos, es en suma, la búsqueda de un mito nuevo para reemplazar las proclamaciones desintegradas y carentes de valor simbólico para la época actual en cuanto que no se identifican con el hombre y éste no se identifica con Dios. Esto es una búsqueda sin fin desde los tiempos homéricos hasta Poe, Whitman y Frost y los jóvenes de la hora presente como Corrington, Charles Bukowski y Ferlinghetti. Lo mismo que ellos, Ramiro Lagos encauza su angustiada búsqueda en la bíblica senda, dejando huellas de su viaje por el mundo poético. Ya es temprano para comprender si el mito nuevo se puede identificar con la sufrida gente que espera su mesías para dar nuevo testimonio de su presencia entre los hombres. Creo que sí, porque como lo dice un poema de Ramiro Lagos, "es la hora del pueblo".

18 de febrero de 1963. Notre Dame, Indiana.

LA HORA DEL AMOR

*Pon tu cabeza en mi hombro;
para que llenes mi oquedad.
Y la tuya que padece del mismo vacío,
mientras mi mano de nocturna brisa
te acaricia la frente.*

*Y después... Nada mas. Sueña tranquila
y empieza a sumergir, brocal abajo,
tu suspiro profundo.
Entonces tendrás entre mis brazos
la sensación de que aún existen,
bajo la comarca sedienta del estío,
dos ríos silenciosos, subterráneos,
que se abren paso para formar un abrazo redondo,
como si quisieran dibujar
en la redondez ovalada de la lágrima,
la forma de un corazón que quiere saltar
en un solo tímpano de gota grande.*

*Tener sensación de río,
es al fin de cuentas, tener sensación de vida.
Los dos formamos esas dos vertientes febriles
de los sudores acumulados de la tierra cansada.
Y será nuestra misión hacer crecer el mar,
para que éste no sea la muerte de los ríos.
El mar en su inmenso contenido
es el agua bautismal de la tierra.
Agua y sal de ola que irrumpe en prismas,
se golpea y le pone a la roca viva su otra mejilla.
Entonces se convierte de súbito en dorada onda
como si la mano de Dios se hubiese posado en ella.*

*Se apacigua luégo. Se torna remanso.
 Da vocación de cielo a su sonrisa. Se evapora
 y se exhala no del todo, porque abajo,
 se le quedó la mano larga de su antiguo cauce,
 describiendo la cruz por donde pasó su planta,
 impregnada de tierra, que entre ésta y el cielo,
 siempre hay hilos invisibles que no podrán cortar
 la enorme cuchillada de las desilusiones.
 Porque el amor es la patria menor de la esperanza,
 define el trino de los nidos, fecunda las quebradas sedientas,
 crea al ciego su propia luna diminuta, da idioma a los mudos;
 oído a los sordos, plenilunio a la noche, azahar al limonero.
 El amor, esencia de Dios, es la razón del mundo.
 No importa que una tarde como esta —gris y mustia—
 deje escapar de su incierto más de fondo
 los efluvios sangrantes de inquietantes temblores.*

*Por eso, ésta es nuestra hora.
 Instante en que los dos que sumamos un beso total,
 náufragos de la humana congoja,
 nos ahoguemos de nuevo en esta otra lágrima.*

Notre Dame, Indiana, 1943.

LA HORA DE LA SOMBRA INVASORA

*Testigo de tu angustia, oh pueblo, oigo tu voz torturada
 mientras avanzan las sombras en los paredones
 y el camino de América prolonga más su largo interrogante.
 Crece un magno caracol testimonial de ayes
 que resuma la inmensa tormenta colectiva del barro.*

*Por eso, solidario, oigo tu eco herido, oh pueblo,
 que emerge como un grito ahogado
 entre negras barriadas pestilentes y abyectas,
 vecinas de alimañas, de furcias y marihuaneros.*

*Oigo tu voz torturada, oh pueblo,
 en la mustia boca sin pan y en el harapo.
 En el taller de los suburbios tristes.
 En las mazmorras y en los muladares
 donde descargas tus fardos cotidianos.
 En los páramos y en los pantanos
 donde se congelan o revientan tus pulmones.
 En las ciudades sin techo
 o en el flagelo del campo calcinado
 donde toman posesión de sus parcelas
 las siete plagas que hoy no son de Egipto.*

*Oigo tu voz de náufrago, oh pueblo,
en el sentido pésame del campanario,
en el estremecimiento de la torre
y en su repentino silencio,
cuando advierte que en cada campanazo,
sale huyendo un cuervo,
en vez de una paloma.
Porque en todas las campanas de la patria
se está doblando a muerto
y en todas las patrias de la América
se dan golpes de estado a la vida del pueblo
y nadie, nadie depona el reinado de las lágrimas
y nadie, nadie detiene la siniestra sombra invasora
que avanza como una mancha de petróleo crudo.*

(Del libro inédito "Testimonio de las horas grises").

TESTIMONIO DE LAS HORAS GRISES

*Fui testigo
de la complicidad de la pluma de cisne,
de la ondulante batuta del tiempo
y del cromático pincel.*

*Asistí a la escuela del arte
y conocí el testamento de los pavos reales,
herederos del aire,
de la frondosidad del árbol
y del fugitivo espiral, humo arriba distante de la tierra,
ésta con su lengua tiznada de carbón y lodo.*

*Fui testigo
del insistente aguinaldo de la poesía
que dio al cuervo alas de cisne,
túnica de luceros a la noche bruna,
hilos dorados a la gris acuarela de la lluvia
a las golondrinas pentagrama azul,
pedrerías de Oriente a la mulata,
manos de marqués al chibcha,
y al gavilán, uniforme de contraalmirante
con cuello de paloma.*

*Fui testigo
del torvo coro de eminencias grises,
que calentó lingotes y levantó galeras
para editar la protesta como subversión del pueblo
y colocar hoces a sus martillos furiosos
cuando salía a la calle a respirar oxígeno,
parra llenar con aire
la larga circunferencia del bostezo.*

*Fui testigo
de la democracia de los comulgatorios
donde se citan todas las congregaciones
en busca de pan y algunos de más vino.
Vi al pueblo en pie ante un San Isidro de alpargatas,
La matrona en el atril ante el Jesús caído
que murmuró un rosario como contando morrocotas.
Palmatorias vacilantes. Una prendida con el adarme de un rico.
Un monje obrero que cantaba un miserere
y algún capitalista que se asustó con el Sermón del Monte.*

*Fui testigo
de la complicidad de la manzana
que sedujo al primer hombre y al último burgués.
De la complicidad del trigo
que olvidó los estiércoles que le dieron la savia
y se hizo torre barroca de repostería
mientras el pueblo consumía su diaria ración de vidrios rotos.*

*Fui testigo
de la complicidad del árbol
que se hizo ebanista de ataúdes lujosos.
Del mármol con su epitafio de oro,
mientras un pueblo anónimo caía en el fango,
digo en el sarcófago de las alcantarillas
o era dado en vianda de cadáver a los peces del río.*

*Fui testigo
de la complicidad de la uva
que llenó copas de epicúreo brindis,
embriagó la lascivia de las beatas,
desmayó las pupilas de los viejos verdes,
gerenció las orgías del burgués caduco,
puso direcciones sinuosas al paso de los conductores
y le dio al Baco el reinado de la cosa pública.*

*Fui testigo
de la complicidad de la bandera patria
que cubrió el catafalco y el abdomen
de los patricios muertos.
No Bolívar, no Martí, no Moctezuma,
sino los héroes falsos que la historia aclama
con temor de que el pueblo derribe sus estatuas.*

*Fui testigo
de la complicidad de los pesebres,
donde hubo un negro entre dos reyes,
un San José, proletario y un jumento,
campanillas, colores, luces, oro,
mucho incienso y poca mirra,
diminutos palacios...
y un niño humilde que lloraba su ausencia de aguinaldos.*

*Fui testigo
de la juventud de la rosa
que se soñaba libre de su vecindario de espinas.
De la primavera que trató de evitar sus pesadillas
del campesino muerto sin flores en su tumba
o de la madre estoica
que exhumaba su última amapola sangrante
mientras las adormideras del plantío
cerraban para siempre
la multiplicidad de mil párpados en el poblado.*

*Yo mismo,
fui cómplice y testigo
de esta verdad amarga que enmudeció mi boca
ante el testimonio de las horas grises.*

Notre Dame, Indiana EE. UU. 1963.